

Terror a la oposición

COMO AÑORAMOS AQUELLOS DÍAS DEL CUATRIENIO BARCO, cuando pensábamos que finalmente el esquema Gobierno-Oposición iba a ser un hecho político. Todo se podrá decir del mandatarios menos que no fue un estadista visionario. Casi siete años después las consecuencias de no haberlo apoyado con decisión están a la vista. Tanto liberales como conservadores se asustaron con la piel.

Lo que hoy existe —o más bien subsiste— son dos agónicas colectividades, en plena franquicia burocrática. A ninguna le entusiasma hacer oposición y torpemente la ven como un castigo y no como una oportunidad. Es cuestión de sentido común. ¿Qué tal un partido de fútbol en el que los dos equipos tengan puesta la misma camiseta?

Lo que ha faltado en ésta y en otras difíciles situaciones es una oposición institucionalizada, con garantías legales, con presencia en la rama legislativa y en los medios de comunicación de propiedad estatal. Como no la hay, los

inconformes vociferan solitarios, o apelan a la violencia o sacan la escopeta de perdigones. Y como no ven los efectos de su protesta, surgen el escepticismo y la frustración.

Por eso mismo desconcierta la actitud de los conservadores. Ante la posible narcofinanciación de la campaña del Presidente, amenazaron con retirarse de la Administración y luego se arrepintieron. Pidieron la renuncia de dos ministros liberales y omitieron mencionar su cuota ministerial. Ahora dicen que el retiro será más temprano que tarde. ¿Por qué tanta vacilación? La conclusión no puede ser más lamentable: no saben qué hacer. Queda la ingrata sensación de que prefieren aferrarse a unos puesticos que enfrentar desde el pavimento a un Presidente enredado en una colosal crisis.

Estas solidaridades pueden terminar siendo muy peligrosas. No para el presidente Samper sino para la democracia, que es lo que nos interesa preservar. La decisión inteligente era la de retirarse del

Gobierno con el único argumento de que al país —que no a un Presidente en aprietos— le conviene una oposición política. Cuando lo hagan, una vez comience a bajar la temperatura, no tendrá el mismo efecto. Más bien quedará la impresión de que la salida del Gobierno fue negociada.

Las encendidas frases de los conservadores en el debate televisado de esta semana no descrestan. Ni hay que hacerse ilusiones de que el Congreso, con TV en directo, ahora sí va a cambiar. Oposición —conservadora o de cualquier color— es no estar en el Gobierno; no tener un solo puesto político a nivel nacional, departamental o municipal, cualquiera que sea el partido triunfador. Es agitar propuestas e ideas, que al mismo tiempo se vayan dibujando como alternativas de poder, y atacar en los órganos de la rama legislativa las que vayan en contravía del ideario opositor.

El presidente Gaviria, al darle a probar burocracia, castró totalmente al "eme". Y como manejar puestos es tan tentador, ¿estaría el senador Fabio Valencia dispuesto a quedarse sin un solo puesto en el Gobierno Nacional o en la

Administración del mandatario de Antioquia, el liberal Alvaro Uribe? Lo dudo. La oposición, más que un decreto o una ley, es una cuestión de actitud. Y de mucha disciplina.

El vacío creado por esa falta de oposición institucional infortunadamente lo han ido llenando la guerrilla y demagogos grises como el cura Hoyos u otros que están al frente de alcaldías de varias ciudades grandes, excluyendo a Bogotá. Por eso se están muriendo los partidos políticos, base fundamental de nuestra democracia. Ante un panorama político tan oscuro, metérsela toda a estructurar una oposición sería una esperanzadora luz.

Si el presidente Samper, en lugar de estar buscando solidaridades y respaldos por doquier, quiere hacerle un enorme servicio a la democracia, debería convertir en obsesión el crear las condiciones para que haya una oposición articulada, seria y que pueda constituirse en una sólida alternativa política. Seguir en estas, como diría el cura Hoyos, da asco.☹

*Rafael Santos
De "El Tiempo", Bogotá*